

# La fiesta de la semana santa entre los Yaquis

*Michel Antochiw K. \**

## *Descripción*

En el centro del pueblo de Potam, en medio de un gran espacio vacío, se yergue la iglesia de ladrillo donde se celebran año tras año, las festividades de la Semana Santa en las que participan todas las instituciones así como toda la población.

La celebración, que reproduce los principales episodios de la Pasión de Cristo, se desarrolla simultáneamente en los ocho pueblos yaquis del Valle así como en todos los lugares donde reside algún grupo yaqui. F. Toor describe estas ceremonias en Veracruz, entre un grupo de soldados yaquis. Las festividades se inician el miércoles al anochecer, momento en que se reúnen todas las autoridades, civiles, militares y religiosas. Al iniciarse el ritual, las autoridades civiles hacen entrega de sus "insignias" de poder y el mando pasa incondicionalmente a manos de los Chapayecas quienes, disfrazados y el rostro cubierto con extraordinarias máscaras de piel de colores vistosos, imponen su férreo dominio sobre la población.

Un grupo de Chapayecas ostenta máscaras que representan a los Fariseos, sacerdotes judíos que ordenaron la muerte de Cristo y que simbolizan el poder despótico y cruel. Otro grupo, con máscaras y vestidos más interesantes todavía, representan a personajes reales y contemporáneos, extraordinarias caricaturas de los principales (que los yaquis consideran sus opresores), símbolo del enemigo blanco que ellos llaman "Yori".

El Chapayeca viste el atuendo que corresponde a la máscara; a cada máscara que caracteriza a un personaje contemporáneo, corresponde el traje equivalente con chalecos,

frac, sacos, abrigos casi siempre de color negro, polainas de cuero, etc. Cuando traen la máscara de Fariseo, el traje se compone de una cobija amarilla y roja atada alrededor del cuerpo. Todos traen alrededor de la cintura, un cinturón de cuero del que cuelgan pezuñas secas de cabra (antiguamente de venado) y alrededor de los tobillos, hileras de capullos secos de mariposas, llamados "tenéboim" que suenan a cada paso del danzante. En las manos, cargan una espada y un puñal de madera, pintados de color amarillo con la punta roja.

En ningún momento y bajo ningún pretexto, pueden enseñar la cara y cuando alguno requiere quitarse o acomodarse la máscara, se cubre la cabeza con un paño negro o con la prenda de algún compañero.

El contingente de los Fariseos escolta a un grupo de Chapayecas que representa a los "Judíos", todos vestidos de negro, y con un velo negro tapaíndoles la cara, dejando sólo descubiertos los ojos. Algunos llevan estandartes de los que cuelgan, como oriflamas, paños rojos y verdes.

En casi todas las circunstancias, el grupo de los Chapayecas, cuyo número puede elevarse a un centenar o más de individuos<sup>1</sup>, se presenta formado en cuatro hileras, las dos del centro integradas por los "Judíos" y las de los lados por los Fariseos. Durante las oraciones, los Fariseos ejecutan danzas y mímicas burlescas y sacuden sus cinturones rítmicamente, produciendo un ruido seco con los cascabeles de pezuñas. Acompaña las danzas de los Chapayecas, el sonido de una flauta de carrizo que interpreta una corta melodía, parecida a un llanto o lamento, ritmada por los golpes secos y espaciados de un tambor.

El contingente de los Chapayecas entra lenta y ceremoniosamente a la iglesia y un principal con función de sacer-

\* [Visita realizada en 1979]. El autor es investigador en antropología social en el Instituto Nacional Indigenista, México.

<sup>1</sup> Ver la descripción completa de los dos tipos en Spicer E., *The Yaquis, A Cultural History*, Tucson, 1980.

dote, ayudado por sus monaguillos, inicia las oraciones correspondientes a la "Noche de las Tinieblas".

Unos tres metros delante del altar, se yergue un triángulo metálico de aproximadamente un metro de altura, sobre un soporte de unos ochenta centímetros. Este triángulo sostiene seis velas sobre cada uno de los dos lados y tres velas más gruesas en la punta. A medida que las velas se consumen, son sustituídas por otras, mientras los oficiantes recitan oraciones y cantan en compañía de las "Cantoras", sentadas sobre petates delante del triángulo.

Al inicio de las oraciones, las autoridades civiles formadas en fila india y compuestas por el Gobernador, el Pueblo Mayor, el Capitán y el Mayor, entregan voluntariamente las insignias de su rango, que se depositan sobre el altar. Mientras tanto, los Fariseos ejecutan sus mímicas y danzas, atrayendo la atención del público.

Largos cantos y oraciones se recitan a cada una de las velas que una por una son apagadas. Cuando la última vela es apagada, la iglesia queda en la obscuridad: es el inicio de la "obscuridad", el reino de la noche y de los Fariseos. Todo el mundo golpea y azota a sus vecinos en el inicio de la noche sin testigos.

Durante todas las festividades - que concluyen el sábado de gloria - se vela día y noche en la iglesia, rezando a Dios, mientras las autoridades "destronadas" montan guardia a un costado de la iglesia, calentándose con fogatas durante las noches frías del desierto de Sonora.

Hasta el sábado cuando las "autoridades tradicionales" recuperan sus insignias y su poder, los Chapayecas imponen su ley, gobiernan a su antojo, arrestando a los delincuentes que perturban el orden por ellos impuesto, encarcelando, multando, castigando. Durante toda la cuaresma, el consumo de bebidas embriagantes está estrictamente prohibido.

Los siguientes días se realizan por la tarde varias representaciones que corresponden a las distintas fases de la

Pasión. En el rezo del "Jardín de los Olivos", varias imágenes sagradas son depositadas en un recinto a un lado de la iglesia. Este está formado por un círculo de ramas y follajes; en su interior las "Cantoras" interpretan letanías, mientras los asistentes formados en largas filas se hincan ante las imágenes cubiertas con velos negros y se persignan en señal de respeto.

Largas procesiones, con pausas para rezos, recorren el amplio vacío alrededor del templo, encabezadas por jinetes montados sobre caballos cuyas crines y colas se adornan con guirnaldas de flores blancas; el viento levanta altas columnas de polvo sofocante.

Paralelamente a las representaciones, donde acude toda la población, en la iglesia continúan los rezos de las "Cantoras" y las guardias en memoria de los yaquis que guiaron los destinos de su pueblo, efectuadas por soldados yaquis, equipados con arcos y flechas y penachos de piel de coyote adornados con plumas de águila, y guerreros armados con rifles apoyados en el piso sobre la punta del cañón.

El viernes, se representa la persecución del "Viejito" o "Santo" que semi-desnudo, encarna al Cristo acosado por los Fariseos que lo persiguen en una frenética carrera alrededor de la iglesia, cortada por oraciones en cada estación. El "Viejito" apresado, es llevado tras la gran cruz ubicada frente a la iglesia y cubierto por una sábana blanca marcada con una cruz azul (símbolo y bandera del Yaqui) es arrodillado y puesto en una posición fetal mientras reza secundado por las "Cantoras" que llegaron a su encuentro. El público se persigna y deposita su óbolo para la iglesia. No hay, como en otras partes, una representación de la crucifixión y muerte del Cristo. Al anochecer, se saca en procesión el gran crucifijo de la iglesia que luego se deposita al pie del altar y se vela hasta el día siguiente mientras se reza por las almas de los yaquis muertos en combate.

En el templo, el tambor y la flauta parecen hipnotizar a

Máscaras de Pascolas (según Spicer 1954).



los tres danzantes de la danza del Coyote que sin nunca dar la espalda a los músicos, ejecutan una danza triste, religiosa y guerrera.

El sábado, los Chapayecas ejecutan su gran danza con la cual festejan su victoria sobre el Cristo. Las legiones de los Fariseos se forman a un costado de la iglesia y en lenta procesión, recorren la gran plaza hasta llegar frente a la iglesia formados en cuatro filas con sus estandartes a la cabeza. Quedan ubicados entre la gran cruz y la entrada del templo, entre los grupos de Pascolas y Venados y los músicos, cuidados por los capitanes con sus penachos de guerra.

Mientras tanto, en la iglesia, delante del altar, los oficiantes, las "Cantoras" y los "Angeles", rezan al Dios Todopoderoso, tanto para no romper las relaciones entre los yaquis y Dios, en estos días de peligro y de caos, como para ayudar a Cristo a vencer a sus enemigos.

Los Fariseos inician su danza victoriosa ejecutando una serie de figuras con pasos rápidos y ligeros, ritmados por el sonido de los tenéboim y de las pezuñas colgadas de los cinturones, cambiando en tres ocasiones el ritmo y los pasos.

Mientras ejecutan su danza, el público se burla y agrede a los danzantes inmovibles, gritando en yaqui alusiones a los personajes que representan las máscaras y riéndose a carcajadas de las bromas.

En tres ocasiones, los Chapayecas tratan, brutalmente, de posesionarse por asalto del recinto sagrado de donde son repelidos por los "Angeles". En su huida, son acosados por los Pascolas y personas del público, que los "lapidan" con puñados de papelitos o confetis.

Después de cada asalto, son despojados en su huida de parte de su atuendo; éste será recogido y conservado cuidadosamente por el padrino o la madrina de cada Chapayeca. En la tercera y última huida, salen todos los que cuidaban la iglesia, con la gran cruz de latón como estandarte en su persecución; se libra el gran combate entre las fuerzas del Mal y del Bien y los Fariseos derrotados se despojan de sus máscaras y armas que son amontonadas cerca de la gran cruz, en espera de la gran quema ritual. La máscara del Fariseo, equivalente al "chivo expiatorio" de otras tradiciones, debe ser destruída por el fuego, sin dejar ninguna huella (no se permite ni fotografiarla) en una pira formada al pie de la cruz. Las máscaras y las armas son celosamente custodiadas desde el momento en que los Chapayecas se despojan de ellas, hasta el momento en que son quemadas.

El poder del Mal ha sido destruído, Cristo ha resucitado, el orden ha sido restablecido, las autoridades tradicionales han recobrado su poder, la alegría regresa al pueblo yaqui, el Venado empieza su danza alternando con los alegres Pascolas acompañados por el ritmo sincopado y sordo del

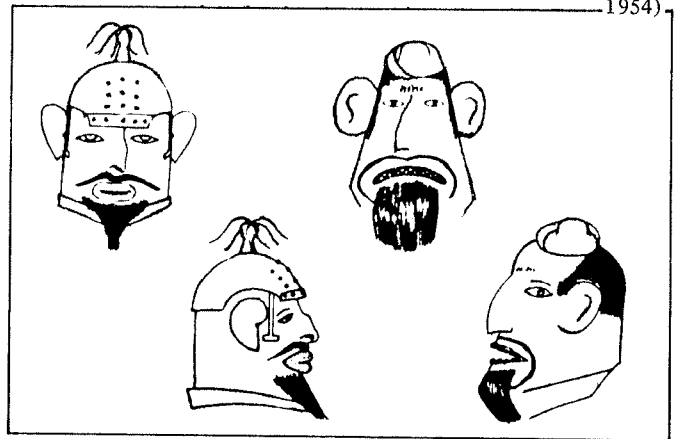
tambor de agua, corazón del venado y sentimiento del Yaqui.

En la iglesia, los Chapayecas son rebautizados, custodiados por sus padrinos y madrinan y el alegre violín acompaña los pasos graciosos y ligeros de los Matachines, coronados con sus tiaras de rosetas con brillantes colores y vestidos con bellos atuendos blancos bordados de alegría.

Fuera de la iglesia, los niños brincan sobre las tumbas del cementerio, entre las cruces de madera azules, verdes, blancas o rosas, disfrazados de Fariseos con cajas de cartón y bolsas de papel que simulan las máscaras, en la alegría de la inocencia.

Después de cuarenta días de ayuno, y bajo el ardiente sol de la primavera, hasta los yaquis tienen sed...

Entre los chapayecas "unos representan a personas reales" (según Spicer 1954)



### Comentarios

Las autoridades religiosas y las distintas instituciones que con éstas cooperan organizan la ceremonia. Al parecer se divide en dos aspectos: uno de carácter espectacular y público y otro de carácter religioso y casi privado. La ceremonia "privada" agrupa todos aquellos ritos que comprenden la tradición religiosa y los aspectos espirituales de la tribu; se realiza con la participación fundamental de las "Cantoras", del "Capillo" y de los Chapayecas de mayor jerarquía. Es el alma "esotérica" del ceremonial, cuya participación y entendimiento están reservados casi exclusivamente para aquéllos que comparten el aspecto más íntimo o privado de la tradición, o sea el aspecto religioso tradicional.

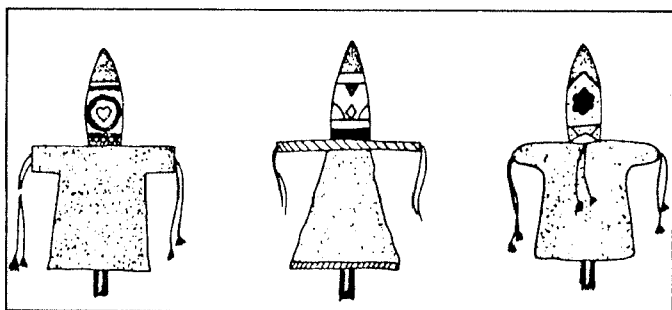
La ceremonia pública responde al carácter popular y externo de la "fiesta" o sea al de transmitir a cada integrante de la tribu, en una forma codificada, el "estado de ánimo" y el comportamiento que el Yaqui deberá observar en sus relaciones con el Yori. Es un "re-inicio" de la existencia

yaqui y un recordatorio de su realidad histórica, una íntima asimilación de su realidad y una re-memorización de la misión superior que el individuo tiene ante Dios y la tribu.

La ceremonia de la Semana Santa es sencilla en su mensaje aunque compleja en su rito. El Cristo, Hombre bueno y justo, Hombre por excelencia, vive su pasión y perece ante la malignidad de los Fariseos y Judíos. Pero la maldad es vencida por la gracia del Dios Todopoderoso y el Cristo resucita, triunfante de la Muerte y del caos, arrollando y destruyendo con el fuego a sus enemigos, en la quema ritual de las máscaras.

En la ceremonia yaqui, el momento culminante se da cuando el Viejito es cubierto con la sábana blanca marcada

Vestidos ceremoniales de los Judíos (según Spicer 1954)



con una cruz azul. La cruz azul es “el Yaqui” y la figura del Cristo se asimila y confunde con el Yaqui quien se vuelve el Hombre Verdadero, agredido por los Fariseos y Judíos de ahora pero que algún día, como Cristo, vencerá al enemigo del Hombre, triunfará sobre el Yori, que mató a tantos yaquis cuya memoria es venerada en la ceremonia privada ante el altar, en la Danza del Coyote.

El carácter maligno del Yori, confundido con el Fariseo, es revelado en el rito engañoso del Fariseo que “danza al revés” tratando de engañar a Dios como engaña al Yaqui.

El carácter grotesco de los Chapayecas, sus máscaras caricaturescas y sus actitudes “ridículas” denotan también el comportamiento del Yori que no ve (las máscaras sólo tienen minúsculos orificios que apenas permiten al Chapayeca orientarse durante las danzas) no entiende la razón a pesar de las órdenes de los “Ángeles” y actúa como “animal”, por señas y gestos. Hasta su vestimenta parece ser contraria a la lógica y la razón, con sus chalecos y gruesos abrigos durante el fuerte calor primaveral.

El rosario que lleva en la boca, durante la celebración impide probablemente al Chapayeca proferir las blasfemias que el Yori acostumbra, además de simbolizar un castigo para el pobre Chapayeca que personifica a un ser tan monstruoso como aquél que ordenó la muerte del Cristo.

La ceremonia se inicia con el triunfo de la obscuridad o sea la inversión de los planos de referencia. El mundo cae en un plano simétrico donde todas las cosas buenas se transforman en lo opuesto simétricamente adoptando un valor negativo. Las autoridades tradicionales, que representan el orden normal de las cosas, entregan sus insignias y el mando a los Chapayecas que representan un orden invertido. Mientras en la tierra, mandan temporalmente los Fariseos, en la iglesia, que sigue siendo el reino de Dios, se monta una guardia permanente para que no vaya a romperse el último hilo que une a la tribu con el Cielo, al Hombre con Dios, al Yaqui con Cristo. La oración es tanto más importante y necesaria cuanto que el orden ha sido roto por la alteración de los poderes tradicionales.

Cuando el caos, la obscuridad espiritual y el despotismo de los Chapayecas reinan en este mundo terrenal, resulta apremiante reforzar la comunicación con el Dios Verdadero para asegurar el futuro regreso a la normalidad.

El reinado de los Chapayecas es una síntesis de la historia sin representación en el tiempo. Esta historia principia cuando el Fariseo y el Judío condenaron y dieron muerte al Cristo y prosigue hasta nuestros tiempos, cuando el Yori contemporáneo, caricaturizado en las máscaras, el funcionario, el empleado, el comerciante, el político, el soldado, el ganadero, el agricultor, acosan al Yaqui como los Fariseos acosaron al Cristo.

La conmemoración y la negación del tiempo vuelven contemporáneos todos los pasados, dando existencia a todos los hombres, a todos los yaquis que murieron defendiendo a su pueblo y cuyos nombres han sido olvidados. En la velación por los difuntos, se recuerda no a personas sino al Yaqui, a este conjunto de soldados de “Cristo” que dieron su existencia para que el pueblo yaqui, y por consiguiente el Cristo, puedan vivir.

Pero posiblemente, lo más sagrado de la celebración consiste en el hecho de que no sólo existe una contemporaneidad del pasado, sino y sobre todo un conocimiento del futuro. Las Sagradas Escrituras describen el triunfo del Bien sobre el Mal, del Cristo sobre los Fariseos. La vida y muerte del Cristo son una profecía del calvario del Yaqui y también de su futuro. Es un regreso prometido, no a la tierra que el Yaqui conserva, sino a un estado original que perdió cuando llegó el Yori, cuando los Fariseos condenaron al Cristo, pero que recobrará cuando el Cristo triunfe sobre el Mal.

La resurrección y el triunfo del Yaqui están ligados a la resurrección y al triunfo de Dios y la historia del Cristo, humillado, flagelado, engañado, es la historia del Yaqui, quien, como éste aceptó castigos y muerte para salvar a los hombres, tiene también que aceptarlos para poder algún

día, cuando termine la historia, vencer al Yori como Cristo venció a los Fariseos.

La Fiesta resulta así un acto mágico ritual en el que, repitiendo o mimando la historia pasada y futura conocida por la revelación de las Escrituras, el Yaqui triunfa sobre el Yori, adelantándose sobre el futuro o haciéndolo presente. El destino del Cristo es simultáneamente el destino del Yaqui y el triunfo del primero también el del segundo.

La presencia ridícula y evocadora de los Fariseos y Judíos, cataliza la hilaridad y la agresividad (bromas y burlas) del pueblo yaqui, canalizando así su hostilidad y agresividad hacia algo interno y pasajero pero que mantiene viva en la mente del Yaqui, la conciencia de la historia, de su situación actual y del deber que cada uno tiene ante el desarrollo final de los hechos.

Así pues, para el Yaqui la historia está escrita, por lo que el individuo (como sucede en una obra de teatro) sólo tiene que realizar el papel que le corresponde para no fallar simultáneamente ante la tribu y ante Dios. Ser Torocoyori es para un yaqui traicionar el destino de la tribu y el de Dios.

Las autoridades religiosas son los legítimos representantes de Dios, no bajo la forma de personas que detentan un poder dentro de una jerarquía institucional, sino como responsables de mantener la conducta de la tribu en el camino trazado por Dios. Sus funciones son interpretativas de la voluntad divina y rectoras del destino del Yaqui. En este sentido, el sacerdocio yaqui tiene mucha similitud y conserva las características del sacerdocio prehispánico del que dependían la enseñanza de los ritos y de las creencias y también el futuro del mundo. La acción del sacerdote sigue siendo la de construir el futuro de los hombres y el de los dioses.

Las máximas autoridades de una sociedad teocrática, a las que se supeditan todas las estructuras, en términos generales se subdividen en dos grupos:

- Las civiles que son transitorias y sus miembros electos por un término fijo de un año.
- Las religiosas que son permanentes, vocacionales y de las que el individuo no puede librarse.

Las jerarquías militares deben supeditarse a las civiles quienes en los conflictos armados del pasado le entregaron la responsabilidad de velar por la supervivencia de la tribu. Es interesante recordar el caso de Cajeme que siendo el máximo líder militar de los pueblos del río, la máxima figura guerrera de la resistencia india ante los ojos de los blancos, es sin embargo, considerado Torocoyori por los yaquis por haber impuesto su poder a las autoridades tradicionales y a las autoridades religiosas.

Las instituciones aparentemente menos importantes,

como las de los danzantes "religiosos", tales como los "matachines", forman grupos cerrados, sociedades de carácter casi secreto y permanente, similar a la de las "Cantoras", con una organización interna por niveles y grados.

En la sociedad yaqui, los individuos deben cumplir, además de sus funciones individuales y familiares, con alguna función social, integrándose a alguna institución para satisfacer las necesidades del grupo. Estas necesidades pueden evolucionar y cambiar, pueden a su vez generar necesidades nuevas que a su vez van a producir nuevos cargos como es el caso de los Secretarios de cada uno de los pueblos, que aparecieron durante los cuarenta. Sin embargo, todos estos cargos son transitorios comparados con los cargos religiosos.

La fuerza de este sistema reside fundamentalmente en el hecho de que las autoridades aparentes de carácter civil, las que dialogan tanto con su pueblo como con los yoris, pueden equivocarse o fracasar en sus gestiones sin nunca por eso, poner en entredicho o minar la autoridad real de los Temastimoles, Chapayecas, Cantoras y otros.

Este poder teocrático se vuelve evidente durante la celebración de la Semana Santa en que "destronan" a los representantes de los poderes tradicionales, desposeyéndolos de su autoridad y de sus símbolos sin ningún ritual de reconquista que revelaría una lucha entre ambos poderes. Por el contrario, el sometimiento de las autoridades civiles a las religiosas es voluntario y pacífico.

Asimismo los Chapayecas se prestan a la risa y a la burla del público, revistiendo el atuendo de Fariseos pero su personalidad real de Chapayecas, casi sagrada, que lo mantiene a un nivel infinitamente superior al del personaje representado, lo hace temible y respetable a los ojos del pueblo yaqui.

La celebración de la Semana Santa revela el concepto que los yaquis tienen del Universo. Revela asimismo los rasgos fundamentales de su organización y concentra en un espacio y un tiempo limitado, todo el espacio y todo el tiempo: transmite a cada yaqui a través de los símbolos rituales, la historia pasada, presente y futura, el principio y el fin, lo que ocurrió y lo que ocurrirá y lo que el Yaqui debe hacer para triunfar. Concentra y sintetiza el tiempo.

Del mismo modo concentra y sintetiza el espacio, siendo la iglesia el centro del Universo desde donde se mantiene siempre la relación con Dios, y la plaza el espacio en que ocurren los acontecimientos.

Finalmente, concentra al pueblo y resume las enseñanzas que le permiten orientar su existencia hacia su destino final triunfante al lado de Dios.

Cubre así las tres dimensiones : espacial, temporal y espi-ritual.